

cuento en estas películas mucha más sabiduría y mucha más reflexión que en ese otro cine pretendidamente "profundo" que aburre a las ovejas.

"A mí lo que más me apetece es contar de forma divertida las relaciones entre la gente, y eso me gustaría hacerlo cada vez dentro de historias mejor construidas y más sólidas; estructuras más complicadas, pero teniendo siempre muy claras las relaciones entre esos personajes y hacerlo de forma divertida. Lo de la comedia es algo que, hoy por hoy, no me lo puedo quitar de encima. Y me pasa una cosa con los personajes de lo que hago: yo sólo puedo hablar de gente a la que quiero, es decir, todos los personajes de "Opera prima" son amigos. Yo soy una persona que tiene culto a la amistad y solamente concibo escribir una película en la que quiero a los personajes. Dabe ser algo muy infantil, pero todo el que sale en la película es como bueno y yo le quiero. Al público puede ocurrirle entonces que reconoce a los personajes como amiguetes suyos, que los entiende. Seguramente por eso la película tiene éxito.

"Pero esto del éxito es muy raro. Los primeros días de proyección teníamos la impresión de que la película iba a ser un fracaso. Nos reuníamos Oscar Ladoire (el protagonista de la película) y yo, bien en su casa o en la mía, y tomábamos botellas de champán, brindábamos y nos decíamos: "Qué cojonudos somos: hacemos nuestra primera película, nos damos la hostia y fíjate lo bien que lo sabemos llevar que brindamos a diario por el fracaso". La verdad era que estábamos muy jodidos, pero nos lo tomábamos así.

Ahora, Fernando Trueba dice que tiene varias ideas para hacer otras películas ("me he decidido ya por una para ver si la pongo en pie"), pero no encuentra aún productor y tiene que comenzar de nuevo su aventura. Pero esto no es algo particular de "su caso". En el cine español no sirve un éxito ni a veces importa mucho un fracaso, aunque si es más determinante, Carlos Saura, después del Premio Nacional de Cinematografía y el éxito de "Mamá cumple cien años", no encuentra distribución para su próxima película; Pilar Miró está intentando volver a rodar, pero sólo puede plantearse en régimen de cooperativa; Pedro Olea se plantea sus producciones como cuando comenzó su carrera... Aquí, en España, en lo que menos tardas y lo que menos importa es la película que haces: donde te desgastas y te pierdes es en intentar hacerla. Y es que la batalla con la competencia extranjera ha sido perdida. ■



Alberti, ante el retrato de Federico García Lorca, en la huerta de San Vicente.

ALBERTI limonada con yerbabuena en la Huerta San Vicente

ANTONIO RAMOS ESPEJO

En su segundo viaje a Granada, Rafael Alberti ha seguido la ruta de la muerte y la vida de su hermano Federico García Lorca. En una mañana intensa de sol recorrimos con el poeta, dolorido y emocionado por tantos recuerdos, los escenarios de la muerte, en los carros trágicos de Viznar y Alfacar, hasta llegar a la huerta de San Vicente, en la vega, donde Isabel García Lorca y Laura de los Ríos, en un encuentro de sorpresa, ofrecieron a Rafael una limonada con yerbabuena.

VIZNAR, la primera parada.

"En este palacio de Viznar se estableció el cuartel de la 1.ª Falange Española de Granada, el 29 de julio de 1936. Dentro de sus muros creció hasta constituir la Primera Bandera y luego primer tercio de Falange Española Tradicionalista de Granada, que en duros combates mantuvo la seguridad de nuestra capital contra el ímpetu marxista. Tiene el gran honor de haberlo cedido para tan altos fines sus propietarios, don José F. Figares y Méndez y doña Esperanza de Damas y Rodríguez Acosta", lee Rafael Alberti en el palacio del obispo Moscoso y Peralta, construido en 1795.

—La colonia..., ¿esa es la colonia? —dice el poeta con escalofrío.

—Este es el barranco. ¿Nos bajamos?, le digo.

—¡No quiero bajarme...! ¡Qué horror!

El poeta quiere distraer su mirada de los escenarios trágicos, contemplando la nieve de la sie-

rra. Unas curvas más allá, siguiendo la serpiente de artesanía que forma la acequia Ainadamar, Rafael Alberti baja del coche. Está tan impresionado que le pide un cigarrillo al profesor Rivas.

—Esto se llama el Carocolar. Y entre estos dos olivos está enterrado Federico, según las versiones más serias. Gibson dice que Lorca está aquí, junto a este olivo... Y les hacían cavar sus propias fosas.

—Dicen que Federico gritó: "¡No estoy muerto, No estoy muerto...!". ¡Qué horror! —comenta Rafael, mientras echamos a andar hacia la fuente Granda o fuente de Ainadamar (de las lágrimas).

La Diputación ha abierto una investigación para determinar en qué sitio exacto fue enterrado Federico García Lorca. En principio, lo que debe hacerse es acotar aquel cerro maldito y llenarlo de rosales. Hay centenares de hombres que comparten las fosas comunes con el poeta de Fuente Vaqueros.

En la fuente Ainadamar el poeta ha fundido sus lágrimas con el agua que llora.

—Es un nacimiento de agua.

—¡Qué maravilla!

—Las burbujas parecen lágrimas...

—Y hay muchas cruces —comenta mirando al fondo de la Fuente—. Son cruces. ¡Y se bajan hasta allá a ponerlas...! Así recuerdan a Federico...

—Rafael... Porque usted es Rafael Alberti, ¿no? Le hemos reconocido porque usted ha salido en la "tele" y usted es un personaje, qué pollas, y venimos a darle la mano... —interrumpen tres campesinos.

A Rafael Alberti le revitalizan estos encuentros espontáneos con su gente. En la Puerta de Elvira una anciana le dio un par de besos sin mediar más explicaciones. Y una antigua judía granadina le dijo: "Usted es Moisés que levantará el pueblo de Israel".

—¿Y qué es esa monstruosidad?

—Una iglesia nueva. Las tres cruces parecen misiles, ¿verdad?

ALBERTI

—Una iglesia guerrera. Habría que volarla, si no nos mata a nosotros. Es amenazadora.

—¿Nos tomamos un vino en este bar? —insinúa el profesor Rivas.

—No, aquí no, por favor... Es muy triste. Lo paso muy mal.

La fuente de Ainadamar se ha quedado sola, con las cruces y las lágrimas.

—Yo quiero un blanco, ¿tiene usted valdepeñas fresquito? —pide Rafael en un bar de la entrada de Alfacar, el pueblo de los panaderos.

Los campesinos que entran y salen a tomar la copa del mediodía se llevan un autógrafo en papelillos que guardan como recuerdos sagrados. Qué arte tiene el poeta recostado en la barra. Vino blanco valdepeñas para empezar suave, y vino de la casa que obsequia el tabernero. Jamón, queso y pan de Alfacar.

Camino de la huerta de San Vicente, un atasco en la calle infernal del Camino Redondo provoca el sueño del poeta. Son las dos de la tarde. Un taxista gitano, que lo reconoce, le grita cariñoso al poeta.

—¡Alberti, espabilate, coño!

Rafael da un repulso y de pronto se siente como un torero piropeado en la plaza.

Atravesamos a pie una trocha, con las cenizas negras de rastros quemados, para llegar a la huerta de San Vicente. Hemos entrado por la parte de atrás, oliendo a campo verde de maizales. María y Ernesto, los caseros de la familia García Lorca, se han quedado sorprendidos al ver asomar la cabellera blanca del amigo de Federico.

—¡Ay qué alegría más grande!

—suspira María, abrazando al poeta.

Rafael está encantado. Se ha sentado en un sillón de mimbre frente a la fachada verdiblanca de la casa.

—¡Cuántas veces he podido yo venir a esta huerta cuando Federico me invitaba!

—Esos dos cipreses grandes —explica Ernesto— los plantó uno Paco y otro Federico.

—¡Qué maravilla! Como un monasterio... Qué casa más bonita, rústica, de campo... Tendrían que acotarla, ¿no? Para que no se la coma el asfalto...

—Ya se libró de un intento de derribo —dice Ernesto.

Oye, ¿y está aquí el cuadro que yo le hice a Federico? Se lo pinté medio jugando...

—Ahí está, claro.

—Pues quiero verlo rápido.

Rafael entra en la casa. Todas las habitaciones conservan el aliento de Federico, con los cuadros, que sirvieron de decorados de algunas de sus obras, fotografías, libros, un busto del escultor Carretero, recuerdos familiares y jarrones con rosas vivas en todas las habitaciones. Arriba, en el dormitorio de Federico, está el cuadro que le regaló Alberti.

—Este es... Le hice dos, el de la Virgen de los Milagros y el del Amor Hermoso.

Alberti acaricia su obra, que lleva la dedicatoria: "A Federico García Lorca, esta estampa del Sur en la inauguración de nuestra amistad. Rafael Alberti".

Desde la terraza el poeta contempla la vega. Llega un taxi: son Isabel García Lorca y Laura de los Ríos, viuda de Paco.

—¡Qué triste...! Yo pude venir aquí hace tanto tiempo...

Al pie de la escalera, Isabel y Alberti se abrazan. Un momento emocionante. También abraza el poeta a Laura. Y no saben ni qué hacer, ni qué decirse. La sombra de Federico llena el encuentro. Hace mucho calor en Granada. Dicen que hoy, 6 de junio, el termómetro se ha puesto a treinta y seis.

—¿Queréis tomar algo? —pregunta Isabel.

—Yo tengo sed —dice Alberti.

—¿Quieres una limonada?

—¡Una limonada! ¡Qué gracia! Yo me creía que las limonadas sólo se tomaban en las obras de tu hermano.

—Yo haré la limonada —interviene María.

—Yo te ayudo —se ofrece Laura.

—Mi hermano te ofrecía limonada y tú siempre con el champán, ¿te acuerdas? —insiste Isabel.

—Es verdad. Federico se pasaba la vida hablando de limonadas.

—En aquella época se tomaban también refrescos de cebada molida. Mi padre lo comentaba mucho.

Aparece Laura con una jarra blanca de limonada con yerbabuena. Parece una jarra llena de caprichos lorquianos: el agua, los limones, la yerbabuena. "Verde que te quiero, verde".

—Se ha levantado un poco de aire —comenta Laura.

—Hace un calor sofocante —se queja Rafael mientras saborea la limonada con yerbabuena.

—Es mejor cerrar todas las puertas.

—¿Has visto, Rafael, los abanicos que hemos tenido que comprarnos? —le dice Isabel.

—Mira, parecen tan horteras que resultan bonitos —comenta Laura.

—¿A ver? —Alberti se abanica—. Y tiene un buen cierre, como dicen las señoras.

—¿Quieres otra limonada?

—Sí... ¡Es fantástica!

—¡Qué tarde de calor para los toros! —habla Ernesto.

—¿Quién torrea?

—Curro Romero...

—Yo desde que le pasó a Ignacio (Sánchez Mejías)... Casi nunca voy a los toros. La última vez que fui me puse de parte del toro, con esos ojos de niña que ponen... Federico iba muy poco a los toros. Federico y yo, que escribíamos tanto de toros, somos la gente que menos íbamos. No sabía yo que Federico tenía aquí estos dibujos, qué gracia tienen. Oye, Isabel, ¿os quedan muchos dibujos de Federico?

—Unos veinte tenemos en casa. Hay muchos por ahí repartidos.

—Gregorio Prieto debe tener... El tiene de todos. Y el otro cuadro que yo le regalé a Federico, ¿no sabéis dónde está?

—Lo debe tener alguien guardado.

—¡Fuimos muy amigos! —se emociona el poeta al recordar aquellos años—. Nunca hubo rencillas entre nosotros. Gerardo, Dámaso, Vicente, Jorge... Ya quedamos pocos.

—Fue una época muy bonita —le contesta la hermana de Federico.

—Oye, ¿y os queda mucha obra de Federico por publicar?

—Quedan cosas, sí...

—¿Como para hacer un volumen?

—Más... Las tenemos en el Banco.

—A finales de mes —interviene Laura— se va a publicar el libro de Paco, "Federico García Lorca y su mundo".

—Qué interesante...

Laura, Isabel y Alberti dan otro recorrido por la casa. Lorca vive entre estas habitaciones con olor a rosas.

—Cuántas veces me había invitado Federico. "Hermano, vente a Granada, allí trabajaremos, jugaremos o no haremos nada". Y mira...

Rafael le da el último sorbo a la limonada con sabor a yerbabuena. En la calle el sol es im placable.

—No es normal este tiempo... —dice el poeta al despedirse.

—Va a caer una tormenta... —vaticina Isabel.

El poeta echa a andar por el camino de cipreses, con la cabeza baja y el corazón afligido. "Me separa de los muertos/un muro de malos sueños". ■ A. R. E. Fotos: PEPE GARRIDO.



Isabel García Lorca sirve la limonada con yerbabuena.